

**DE LA TIERRA A LA MUERTE.**

*junio 1993 - abril 1995.*

*Antonio Diego Duarte Sánchez.*

## **DESDE EL OCÉANO.-**

Sólo bajo el peso de la oscuridad,  
mecidos por las corrientes,  
sin responsabilidad sobre un futuro ignorado,  
éramos libres sin conciencia.

La tierra desierta y expectante.  
Duras aristas frente al suave,  
demoledor lamido del agua que se escapa,  
huyendo por los resquicios  
y dejando tras de sí el primer germen.

Allí se combinaba nuestra existencia,  
ciñendo los futuros posibles a una  
escueta banda sobre la cual  
se dificultaba más y más la escritura.

Cada jirón de vida,  
imperfectamente depositado  
entre la cercana humedad de la roca,  
o en un lodo inconsistente y pesado,  
se transformó en un monstruo que  
asesinara a sus padres para  
negar cualquier postrer competencia.

Y cada destrucción,  
perezosa e indolente,  
se fue extendiendo por el tiempo  
hasta convertirse en cotidiana.

Mientras éramos en las aguas enormes  
mezcolanza indefinida,  
uno con el verbo,  
alejados del mal,  
poco habíamos de imaginar  
el jardín de pecado que nos esperaba.

A una palabra de redención  
elevamos la vista para contemplar,  
con dolor, la siguiente frontera.  
situados en nuestra penitencia,  
rodeados de un edén pasado  
y otro futuro,  
nuestras breves existencias  
son el sutil, casi imperceptible,  
canto que suma su voz en el coro.

Una oración, un ruego desesperado  
que se pierde en la imposibilidad.  
Un Dios inútil, absurdo,  
impredecible y justiciero en su designio.

Y allí, a lo lejos,  
sin dejarnos olvidar su existencia  
y la nuestra,  
bate el mar la puerta del pecado  
como deseando invadirlo y rescatarnos  
a una vida imposible.

Con añoranza perdemos la vista  
en él y practicamos con la imaginación,  
en el seno cálido de nuestra madre,  
el próximo salto al Universo donde  
conquistaremos la divinidad y el silencio.

## **EL CAMPO YERMO.-**

En medio del campo yermo está el olivo.  
Reseco y áspero,  
doblado y hartado.

En medio del campo yermo está el Sol.  
Ardiente y quebrado,  
abrasador y plano.

En medio del campo yermo estoy yo,  
bajo el olivo al Sol,  
sereno y calmo.

No hay nadie más en el campo.  
Nada se mueve...; sólo el tiempo  
pasa de puntillas y mueve las ramas.

El terrón agrietado se resquebraja entre mis manos,  
blancas y blandas, como si reconociera que no soy  
de allí y que mi mirada no reconoce el lenguaje de  
las pocas plantas que crecen sin sentirse,  
discretas,  
entre cuatro grietas del camino,  
para perderse luego con el viento allá a lo lejos,  
entre la cañada.

## **EN EL PARAMO.-**

La piedra blanca está ardiendo;  
junto a ella reseco trozos de arcilla,  
sedientos.

La única mata amarillea con el Sol,  
paciente, esperando a la noche,  
cuando el rocío la empapa.

Un polvo fino atraviesa mi garganta,  
se escurre entre mis dedos,  
nubla mis ojos,  
ciega mi alma.

En el calor de agosto  
agoniza el canto del pájaro,  
la blanca pared encalada  
nos devuelve la luz,  
reflejada en mi sombra  
reseca y cansada.

¿Y dónde estás tú ahora?  
Levanto la mirada y anhelo la noche  
que me trae las estrellas,  
bajo la vista y deseo la lluvia  
que aplacará mi sed y aliviará mis llagas.

Silencio, silencio, silencio ....  
No contesta nadie a mi plegaria.  
Ni el Sol, ni la noche, ni la lluvia ....  
nadie, en el páramo mustio y reseco,  
nadie, escucha, contesta mi plegaria.

## **EL RIO Y EL SENDERO.-**

El río fluye contante,  
arrastrando todo por el cauce.

El árbol se agacha sobre el río,  
sus hojas lamen el agua y la beben.

Un estrecho sendero corre paralelo,  
siempre mirándose de lado,  
conscientes de su presencia,  
necesitándose el uno al otro,  
lamiéndose, rozándose apenas.

El río y el sendero llevan el mismo camino;  
ambos desembocarán sus pasos en el mar,  
allá abajo, entre las dunas y las cañas.

Y el mar les recogerá y les juntará  
y los unirá.  
Y los mezclará con el gris del horizonte,  
tomando sus almas para fabricar la vida.  
Barro fue al comenzar,  
del agua y del polvo,  
y allá siguen regresando al fin.

Las dunas, las cañas,  
el árbol con sus hojas  
y los pasos del hombre.

El río y el sendero los dejan atrás,  
sorbiendo su roce con las aguas y el polvo.  
El río y el sendero los dejan atrás, atrás ....

## **NANA.-**

Bajo el calor de la noche se pudre la trinchera  
y me golpea el rostro su vómito húmedo.  
Bajo el calor de la guerra se me pudre el alma  
y se nos revientan los sesos y la esperanza.

Allá revolotea un pájaro y suena el clarín de la batalla;  
sólo plumas en el aire, recuerdo de su canto,  
caen poco a poco hasta el fondo de la ciénaga.

Miro atrás, llora mi niño en su cama,  
cerrados los ojos y oliendo el Mediterráneo  
parece que la guerra se calme y que el amor  
de los míos se filtra por mi capa.

Llora mi niño en su cama y mi capa lo arropa,  
y mi mano lo calma ....  
Llora mi niño en su cama y amanece la aurora  
embarada y sucia,  
llena de sangre y metralla.

A la nana, nana, llora mi niño ....  
A la nana, nana, mi niño llora.

A la nana, nada, y en medio de la batalla  
pisa mi bota una flor y mi alma estalla.

## **HIJOS.-**

Volveré atrás en la senda  
o por la calle empedrada  
con olor a tinta y papel,  
a cerveza rancia y fritura.

Llevaré como entonces entre  
mis manos a mi madre  
mientras, entre los arcos,  
la sombra de mi padre  
se vuelve serena y calma.

Al otro lado de la pared  
retumba un coloso en llamas  
y naufragan las almas.  
Al otro lado de la ventana  
repican una y otra vez las campanas.

Al otro lado de la puerta  
hay un mundo que me espera;  
las pobres ánimas me esperan  
indefensas y desorientadas.

Desean mi palabra vigorosa y salvadora.  
¿No los oís?  
Están ahí, suplicando en tu nombre,  
mueren por tí y viven mientras mueren,  
gozosos de que tú hayas dado a sus  
vidas el sentido que querían.

Tu guitarra acompaña la voz,  
los libros yacen abiertos en la mesa.  
El lápiz y el papel, vanamente cubiertos,  
distraen la mirada ausente.

Mientras, ella espera desnuda  
sobre la cama que no existe  
y tú la contemplas sin mirarla porque ya sabes  
cómo es y su presencia  
se refleja en tu mente,  
aunque no mires hacia allí.

La puerta se cierra  
y se apaga la luz  
cuando aún no has recorrido  
todo el pasillo.  
te empujan y te obligan a andar,  
de un lado a otro,  
y abriendo siempre, ¡maldición!,  
la puerta equivocada.

¿Cómo ver una sombra en la oscuridad?  
¿Cómo descansar, sereno y relajado?  
¿Cómo ser la columna de un templo en ruinas?.

Quiero liberaros y daros la mano,  
señalar el camino  
y construir uno nuevo.

Conseguir para vosotros el mundo  
y que dibujéis uno a nuestra imagen.

Quiero vuestra vida eterna,  
hijos,  
quiero mi libertad.

## **TE DIRÉ.-**

Permitidme, pues, que declame mis penas sin vergüenza.  
O, si no, decidme dónde tengo que huir;  
dónde no seré molestado,  
dónde los oídos no se cerrarán a mi grito.

Cruzaré la sima oscura y profunda,  
romperé el cielo en pedazos, si menester fuera,  
trocaré en sangre mis suspiros  
y cubriré de sombras el futuro.

Yo te diré, así, cuánto amo tu halo.  
Lo que abandonas en el vacío de la casa,  
cuanto a medio hacer queda templando.  
Yo te diré, así, cuánto te amo.

Quedaré preso en el mar,  
atado a la tierra quebradiza,  
sujeto a tu recuerdo.  
Quedaré muerto en vida,  
apagado en el fuego y,  
desmayado, erguido.

Yo te diré, así, cuánto amo tu halo.  
Yo te diré, así, cuánto te amo ....

## **PARA LO QUE VIVIMOS.-**

No sé si te parecerá mentira escucharme ahora.  
Ya comprendo que tu cuerpo y mi espíritu están disueltos entre  
la tierra y el aire.  
Y que nada de lo que percibes es.

Envidia y pesar,  
frustración e impotencia:

¿Quién quiere vivir para siempre?.

Yo lo quiero.

Anhelo una respuesta para cada cosa.  
Temo perderme en el barro y olvidar  
para siempre.  
Quiero la luz y la esperanza,  
tan difíciles de soñar que semejan quimeras .....

Ahora soy yo el Dios que maneja la vida de los títeres,  
ahora soy el muñeco de trapo que se dobla  
sin quebrarse,  
ahora manejo la llave del Reino  
y ahora quemó las esperanzas del hombre.

Soy como aquel que todo lo niega.

Me interpongo en el camino para sentir  
su cálido roce.  
Es tan frío el camino sin que nadie pueda  
andar un poco por tí.

La furia desatada de la hez,  
la calma inerte,  
el mar infinito y profundo.

## **NO TENGO NADA MÁS.-**

No tengo risas,  
no tengo nada más.  
Sólo una vida y un rincón donde olvidar.

Una sonrisa sobre un espejo de cristal.  
La cara oscura  
que me invita a abandonar  
esta mentira.

Entre la lluvia alguien cruza el umbral,  
su sombra es larga y me acecha.  
Sobre mi nuca su mirada, fija,  
como una bala a punto de estallar.

Miro al vacío, la calle sigue allí  
y, con sus luces,  
me invita a volar.

Sobre la acera murmuran todos,  
sin piedad.  
Ya no estoy solo  
y mi cuerpo es propiedad de la tierra.

Miro al vacío,  
la gente habla sin pesar,  
tapan sus ojos, vuelven sus caras.

La sangre, espesa,  
mancha el anuncio de cristal,  
la ciudad duerme ....  
la ciudad llora .....

## **EL PROFETA.-**

El Profeta de la verdad y la justicia  
ha subido a su altar.  
Allí observa mi alma y juzga  
sin apelación, sin misericordia ....

El Profeta de la verdad la guarda bien escondida  
en el cofre secreto al que sólo él tiene acceso.  
Guarda también la justicia, sin mancha,  
a salvo del mundo.

Ambas iluminan su cara con el resplandor del infierno;  
sus ojos, fijos en mí, pobre alma desnuda,  
galopan desorbitados al tacto de mis pecados.

El Profeta en las nubes, o en el barro,  
mantiene intacta la pureza de su manto.

El Profeta condena las almas y sigue solo,  
juzgando sin pausa,  
huyendo del contacto impuro,  
de la ceniza que sube desde  
la vida, pegada a nuestra piel.

El Profeta, omnipotente,  
derrama nuestra sangre,  
quema la carne cuando su desnudez le turba.

El Profeta de la verdad y la justicia  
llora nuestra desdicha sin lágrimas,  
sin apelación ni misericordia.

## ***ESTÁS SOLO.-***

Ha llegado la noche,  
tras la revelación.

Nuestros ojos se han perdido  
bajo el peso de un cristal opaco.  
Nuestras mano ya no sienten  
el tacto del mundo simulado.

Nuestra boca, reseca,  
busca aún el agua.  
El aire ya no está ahí,  
entrándonos y dilatando  
con su perfume el periodo de calma.

Ha pasado el tiempo de la ira  
aunque algunos no puedan dejar  
de imaginar algún otro modo de dañarnos.

Como la capa de polvo que nos recubre,  
que luego nos desmenuza impávida.  
Se va perdiendo la mirada y la razón;  
ya no se transmiten las palabras  
y los niños ya no escuchan.

Los siglos,  
al alcance de nuestra mano  
y tan leves ....  
Los siglos de eternidad.  
Desde ellos contemplamos millones de hierbas,  
siempre iguales, igualmente medidas por  
cualquier viento.

A veces volvemos,  
o lo deseamos con tanta fuerza  
que nos lo parece.

Y empujamos una puerta,  
una racha de cierzo helado  
que participa nuestra presencia desde la muerte.

Encuentran de nuevo los ojos el agua del llanto.  
Estorban nuestros pasos,  
lóbregos y pesados.  
Máquinas, luces,  
nadie pregunta, nadie nos conoce.

Nuestro mundo es ahora el de la Visión:  
caótico y menudo,  
compuesto de nada y vacío.

No hay cielo.  
Ni infierno.  
Ni amor.  
Ni vida.

Eres Dios:  
estás solo.